

EL CASTILO DE LA CALAHORRA EN LA GUERRA DE LAS ALPUJARRAS (1569-1571)

THE CASTLE OF LA CALAHORRA IN THE WAR IN THE ALPUJARRAS
(1569-1571)

Ricardo Ruiz Pérez

Centro de Estudios «Pedro Suárez» | pontoque51@gmail.com

Recibido: octubre de 2022 / Aceptado: noviembre de 2022

Resumen

El castillo de La Calahorra (Granada), fue un bastión que estuvo muy operativo en los poco más de dos años que duró la rebelión y guerra de los moriscos. Bien abastecido de alimentos y armas, fue controlado al principio por el gobernador del Marquesado. Se analiza el asedio que sufrió al comienzo de la contienda y las algaradas comarcales que desde él se organizaron para atajar a los insurgentes. Posteriormente pasó a ser punto estratégico en el desarrollo del resto de la guerra y su gestión fue asumida por el estado mayor de las tropas cristianas, pasando a cumplir diversos cometidos: lugar para el acantonamiento de tropas, especialmente del marqués de los Vélez, presidio de mujeres y centro de intendencia.

Palabras clave

Defensa del territorio | Arquitectura defensiva | Estrategia militar | Monfíes | Esclavitud.

Summary

The marquisate of el Cenete was a prominent focus of the military pressures of the war in the Alpujarras. This gave the castle of La Calahorra a leading role as a strategic bastion for the Christian forces. Notwithstanding, its involvement in the hostilities antedates the actual rebellion.

Keywords

Defence of the territory | Architecture of defence | Military strategy | Moorish rebels | Slavery.

1. INTRODUCCIÓN

La conocida en la historia moderna como Guerra de las Alpujarras (24 de diciembre de 1568 – 13 de marzo de 1571) fue el cruel y cruento epílogo de la cuestión morisca en el reino de Granada. Este empezó con el levantamiento del corazón poblado del sur de Sierra Nevada, o sea la Alpujarra más montaraz, en la Navidad de 1568 para después extenderse a otras zonas del reino, como las altiplanicies de Baza y Huéscar, valle del Almanzora y serranía de Ronda.

Desde que acabó su construcción en 1513, el castillo de La Calahorra fue valorado por las autoridades militares de Granada como un enclave estratégico en la permanente tensión que se dirimía con la comunidad morisca de todo el reino, no sólo la del Marquesado. A ello coadyuvaba su emplazamiento en alto, su competente diseño militar y su situación centralizada dentro de la geografía morisca, controlando importantes vías de comunicación, como el pasillo hacia Almería y el puerto de la Ragua o paso natural hacia la Alpujarra. Eran argumentos convincentes para que en coyunturas concretas de mayor riesgo de eclosiones violentas, el edificio fuese reforzado con dotaciones extraordinarias de militares y peculio, a lo que sus titulares se prestaban gustosos. Así, en el año 1534 los gastos extras en esta cuestión llegaron a 18 000 maravedís y al siguiente ascendieron a 180 000 maravedís “para pagar a soldados que estuvieron en la fortaleza de La Calahorra a cabsa del desasosiego deste reino de Granada este año de 1535, hasta en fin del, quel señor Mondejar¹ torno con el armada al dicho reino” (Díaz, 2018: 156).

Los moriscos eran también conscientes de ello y llegado el momento de la rebelión, trataron de apoderarse de la fortaleza; operación inocente dada su incompetencia ofensiva frente a tan potente máquina de guerra. Pasada esta primera fase, el castillo estuvo durante el conflicto más o menos alejado de los escenarios más duros de la guerra, pero cumplió funciones básicas y logísticas para el desarrollo de las campañas más decisivas. Ninguna comarca de las sublevadas disponía de un edificio castral semejante, lo que convertía al Marquesado en lugar necesario en la guerra. Si al principio de su construcción fue concebido como un castillo de conquista y nunca cumplió esa función, ahora sí lo hizo.

Por esos años, la titular del señorío era doña María de Mendoza, ya viuda desde 1560 de Diego Hurtado de Mendoza. La gobernanza la llevaba desde hacía años Juan de la Torre². Este, al igual que todos los delegados señoriales que le precedieron y siguieron, vivía en el castillo con su familia y sirvientes.

1. El mando supremo de la Capitanía General de Granada estuvo en manos de la familia Tendilla-Mondéjar durante varios siglos. Al Gran Tendilla sucedió su hijo Luis Hurtado, y a la muerte de este en 1566 accedió Íñigo López de Mendoza, III marqués de Mondéjar y IV conde de Tendilla, de nombre y apellido igual que su abuelo, el coetáneo de don Rodrigo de Mendoza, primer marqués del Cenete y constructor del castillo. Durante la gobernanza de Íñigo tuvo lugar la rebelión de los moriscos.

2. De él sabemos que era natural y vecino de Granada, lo que sin duda le permitió conocer muy de cerca la comunidad morisca a la que odió profundamente. Numerosos personajes, tanto cristianos viejos como moriscos no sublevados, hablaron de él después de la guerra y sus testimonios no dejaron lugar a dudas sobre su catadura moral y falta de escrúpulos.



Lám. 1. El castillo-palacio de La Calahorra visto desde el sur. Foto: R. Ruiz Pérez.

2. PREPARACIÓN PARA LA GUERRA

Como se comprobará a lo largo de esta crónica, el castillo tuvo a lo largo de la guerra diversos jefes y prestaciones distintas y variadas. En la primera fase de la contienda, o sea durante los días en que se produjo el levantamiento de los naturales del Cenete, estuvo comandado por el citado gobernador Juan de la Torre y un alcaide del crimen de la Chancillería de Granada, Molina de Mosquera³, instalado en él por motivos que más adelante se verán. Ambos tuvieron que entenderse con el corregidor de Guadix, Pedro Arias. Pero la coordinación entre ellos fue desastrosa, lo que devino en un sinfín de acusaciones mutuas que salieron a la luz después de la guerra, propiciadas sobre todo por la ambición del botín, del que todos querían sacar la mayor tajada. Ello dio lugar a un repertorio de informes, cartas, protestas, provisiones..., documentación, en fin, usada en un trabajo anterior (Ruiz, 1991: 291-336) y que será también recurrente a lo largo de este artículo. Junto a ello son también sustanciales las aportaciones de los cro-

3. Era un letrado salmantino que en 1556 obtuvo el oficio de alcaide de la Chancillería de Granada. Su labor como perseguidor de monjes fue previa al estallido del conflicto, sobre lo que tuvo amplias competencias durante los diez últimos años.

nistas de la rebelión: Hurtado de Mendoza, Ginés Pérez de Hita y principalmente Luis del Mármol Carvajal⁴.

La implicación de la fortaleza calahorreña en el conflicto bélico comenzó incluso antes de iniciarse la rebelión general. Como quiera que el estallido de la revuelta fuera algo esperado por las autoridades cristianas, el delegado señorial procuró tener bien abastecido el castillo por lo que pudiera pasar, lo cual ya se había hecho en alguna otra ocasión. Testimonios de vecinos moriscos del Marquesado, afirmaron que les obligó a llenar los graneros del edificio con 2000 fanegas de cebada, 1000 de trigo, 100 de harina y 600 de castañas, amén de leñas en abundancia, aceite y miel. Todo extraído de sus propias casas y casi a fuerza de látigo⁵, nada extraño en el comportamiento general de los mandatarios del Cenete.

Por otra parte, el crónico estado de bandolerismo propiciado por las bandas de monfíes que pululaban por toda la tierra levantisca, también tuvieron su reflejo en la comarca. Se había producido el asalto a una comitiva que llevaba dinero a la marquesa y el asesinato de un fraile en el camino de Gor. Como consecuencia habían sido prendidos sesenta supuestos monfíes y encerrados en la cárcel de La Calahorra. Allí se había trasladado desde principios de diciembre el referido Molina de Mosquera a fin de proceder contra ellos, pues el gobernador no tenía competencias en el asunto.

Esta era la situación del Marquesado cuando se inició la rebelión. Una vez que prendió en Cádiar el día 25 de diciembre de 1568, se extendió durante los días siguientes por toda la vertiente poblada del sur de Sierra Nevada, para pasar finalmente a la cara norte del flanco oriental del macizo, amotinándose las localidades de Abla y Fiñana –pertenecientes al obispado de Guadix– el día 27, y situadas en la misma frontera oriental del Cenete.

Naturalmente, la noticia de la sublevación se conocía en la comarca desde el mismo día que comenzó. Hay que decir que la mayoría de los neoconvertos del señorío se oponían al levantamiento, pero se encontraban con el dilema de que podían ser forzados a ello por bandas de moriscos belicosos que se habían descolgado de la Alpujarra con el lema de “levantar o matar”. Así había ocurrido en Abla y Fiñana. Se les calculó la cifra no desdeñable de 2000 hombres de pelea al mando de un aguerrido monfí, el Gorri. Pero no todos en el Marquesado se oponían a la guerra; había un importante sector de halcones, dispuestos a todo capitaneados por el alguacil de Ferreira, Gerónimo el Maleh, un importante caudillo que tendría más tarde un papel destacado a lo largo de la guerra.

¿Qué pasó mientras tanto en el castillo? Juan de la Torre y Mosquera, desde el mismo día que llegó la noticia de los asesinatos en Cádiar y en previsión de que los sesenta presos de la cárcel escapasen o fuesen liberados, los subieron a la mazmorra de la fortaleza; al tiempo que ellos, con sus guarniciones

4. Para este último se ha utilizado el estudio, edición, notas e índices de Javier Castillo Fernández (2015), una exhaustiva y precisa investigación de la obra que constituyó su tesis doctoral con multitud de notas aclaratorias. La primera edición de la misma salió en 1600, poco antes de morir su autor.

5. Archivo Histórico de la Nobleza (AHNOB), Osuna, Leg. 2473 y Leg. 2968.

correspondientes, se atrincheraron en ella a la espera de acontecimientos. Los sectores más pacifistas de los moriscos del Marquesado les comunicaron su decisión de no violentarse, pero temiendo los procedimientos expeditos del sector levantisco les pidieron protección, concretada en doscientos arcabuceros (Mármol, 2015: 294) pues ellos no tenían armas, dotación que el gobernador no pudo ni quiso entregar. Por tanto, si no toda la comunidad, al menos un importante sector estaba dispuesto a defender su paz, enfrentándose incluso a sus propios correligionarios. Sin medios para protegerse, los más angustiados le rogaron que acogiese en el castillo a las mujeres y niños, entendiendo que allí estarían a salvo. Esta petición fue atendida, pero sólo con las moriscas de Aldeire y La Calahorra, pues se alegaba que no había espacio para todas.

En esta situación, se pretendió frenar la rebelión por donde momentáneamente se había detenido: Fiñana. Dado que había pocos soldados en el castillo, se pidió ayuda a Guadix. Su corregidor, Pedro Arias, envió a finales de diciembre un contingente de milicias⁶ para que se apostasen en Huéneja, con el propósito de sostener a los amotinados de la vecina Fiñana y evitar que entraran en la villa marquesesa. Pero cuando llegaron, bandas de alpujarreños ya estaban en ella. Estos, sin embargo, no se enfrentaron a la tropa accitana y aprovecharon la proximidad de la sierra para resguardarse en sus laderas. El problema fue que las milicias no sólo no persuadieron a los vecinos de Huéneja para no secundar la revuelta, sino que los saquearon y, tras ello, retornaron a Guadix dejándolos desamparados⁷. Esta vejación y el hostigamiento de los disidentes de la Alpujara, propició finalmente la sublevación de la villa. Sus mujeres cruzaron pronto la sierra y engrosaron las ya abarrotadas aldeas de la taha de Andarax. Los once cristianos viejos que aquí vivían, fueron más tarde asesinados con otros de Fondón y Láur en una rambla de esta zona (Mármol, 2015: 252).

Ante esta desdicha y previendo la agudización del conflicto, se decidió proteger en el castillo al resto de cristianos viejos de la comarca y a un numeroso grupo de colaboracionistas moriscos, como Diego de Bárcena⁸, Diego Marzón, ambos de Dólar, o Diego Tenor, de Aldeire. Efectivamente, los disturbios siguieron la dirección levante-poniente: a la rebelión de Huéneja siguió Dólar y Ferreira los primeros días de enero de 1569. Entonces se cometieron dos graves errores. En primer lugar, bajar los monjes a la cárcel del propio pueblo de La Calahorra, pues no se tenía mucha seguridad de ellos en el calabozo de la fortaleza y se temía que pudiesen escapar y atacar a los residentes. Por otra parte, se erró en liberar a las mujeres –requeridas por sus maridos que lo veían todo perdido– pues el gobernador las reservaba como rehenes, pero Mosquera insistía en devolverlas.

6. Ante la ausencia de ejército profesional, fue frecuente, sobre todo en la primera fase de la guerra, emplear milicias reclutadas en los concejos cercanos, como pasó en el caso del Marquesado, que procedían de la comarca granadina de los Montes, poblada de cristianos viejos.

7. Se ha resaltado mucho la ínfima catadura de esta improvisada tropa, a los que Ginés Pérez de Hita, uno de los cronistas de la guerra, consideraba "los mayores ladrones del mundo, que no llevaban los pensamientos sino en cómo habían de robar". Para más detalles, Ruiz (1991: 328).

8. Era hijo y nieto de los principales cobradores de rentas del Marquesado, Gerónimo y Lope de Bárcena.



*Lám. 2. Entrada al calabozo de La Calahorra donde debieron estar reclusos los sesenta monjes.
Foto: R. Ruiz Pérez.*

Efectivamente, de inmediato se levantó Aldeire, enclave estratégico que arrasó a las villas del sector occidental, Alquife, Lanteira y Jérez. La rebelión tuvo su colofón con la ocupación de La Calahorra el día de la Epifanía, y la consiguiente suelta de los monfíes. Desde las almenas del castillo, sus moradores describieron el alzamiento de la villa como “un gran tropel de gente que bajaba entre grandes voces, con atabales, trompetas y 26 banderas altas y tendidas” (Mármol, 2015: 315). Un golpe de ellos entró en la iglesia parroquial de la villa y le prendió fuego. Si quisiéramos aproximarnos a las familias moriscas levantadas en toda la comarca, debieron rondar la cifra de 2200; o sea, entre 9000 y 11 000 almas, que podían muy bien tener 3500 ó 4000 hombres de pelea, a los que habría que sumar otros 2000 que bajaron de la Alpujarra a empujar la rebelión.



Lám 3. Bandera de Cantoria, pendón supuestamente arrebatado a los moriscos en Arboleas (Almería), con motivos islámicos: mano de Fátima, llave y estrella. Ayuntamiento de Lorca.

3. EL ASEDIO

El estado de euforia desatado tras la definitiva insurgencia de la emblemática Calahorra, lleva a los amotinados a asediar su castillo sin dilación, pero también sin preparación ni organización. El arrogante y macizo edificio se vio al fin envuelto en un hecho de guerra, que era para lo que fue concebido. Nunca más volvería a pasar. En el cerco participaron entre 3000 y 4000 moriscos, según las fuentes⁹.

¿En qué situación se encontraba la fortaleza para afrontar este trance? Lo primero a valorar era una excelente dotación de armas de todo tipo (de fuego largas, artillería pesada y ligera, arrojadizas, personales, etc.) y municiones. Esto se puede afirmar con rotundidad porque tras su construcción en 1513, lo primero que se hizo, incluso antes de ser usado como vivienda, fue pertrecharlo bien de armas y pólvora. De hecho, el polvorín se custodiaba y componía en un lugar específico de la torre del homenaje, conocido precisamente como “pozo de la pólvora”, donde también había moldes para hacer proyectiles. Además, cuando se relevaba un gobernador, el saliente estaba obligado a hacer un inventario de las armas, que era entregado al nuevo delegado señorial. Tenemos la suerte de contar con el registro realizado en 1555 (Doc. 1), trece años antes del levantamiento morisco. Suponemos, por tanto, que la inmensa mayoría de los artefactos en él inscritos estarían totalmente operativos en los días de la guerra¹⁰.

En cuanto a víveres, ya vimos que el delegado señorial mandó llenar los graneros y despensas de la fortaleza, por lo que se podía soportar un largo asedio. A ello añadimos que se habían hecho algunas obras de albañilería para reforzar la construcción, como el tapiado de la poterna situada en el muro oeste, un punto vulnerable que conocían los moriscos y podía ser utilizado como boquete de entrada al interior.

Cuestión importante fue la ocupación humana del edificio en este trance de guerra; desde luego estaba repleto de gente. A pesar de los rumores de rebelión y al contrario de lo que se hizo en 1535, no se había reforzado el castillo con personal de guerra. Contaba por tanto con su dotación ordinaria, que no era mucha, pues junto al gobernador, su familia y servidumbre, sólo habría unos doce escuderos, por lo que en total no debieron exceder mucho las veinticinco personas. A estos hay que añadir las cincuenta y seis familias de cristianos viejos que allí se recogieron, algunas otras de moriscos colaboradores y los seis sirvientes y veinticuatro arcabuceros que acompañaban a Mosquera con sus respectivas camas y aderezos, que en concepto de yantar señorial los vecinos les instalaron en el castillo cuando llegaron. En total unas 320 almas, pero de ellas únicamente un centenar –sumando los soldados de Mosquera y del gobernador, más los

9. La primera cifra es la manejada por Mármol (2015: 316) y la segunda consta en el Archivo Histórico de la Alhambra de Granada (AHA), Leg. 143-8.

10. La fortaleza siguió armada hasta mediados del siglo XIX. Según Madoz (1846: 240-241), poco antes de 1846 fueron llevadas a la corte las últimas que quedaban. También, por esas fechas, Pedro Antonio de Alarcón (1990: 18) menciona que quedaban aún en el castillo “gruesos cañones y armaduras”.

varones mayores de las familias recogidas- era apto para tomar las armas, dirigidas por algunos oficiales como el capitán Hernández, enviado por Mondéjar. No debieron ser muchos más, pues recordemos que Mármol (2015: 294) refiere que los vecinos pidieron al gobernador doscientos soldados, pagados a su costa, para defenderse de los montaraces de la Alpujarra, cifra que alegó no tener.



Lám. 4. Matacán del castillo de La Calahorra. Foto: R. Ruiz Pérez.



*Lám. 5. Aspillera del castillo de La Calahorra.
Foto: R. Ruiz Pérez.*



*Lám. 6. Ladronera del castillo de La Calahorra.
Foto: R. Ruiz Pérez.*

Cien soldados para hacer frente a más de 3000 moriscos encrespados podían parecer determinantes para conseguir asaltar el castillo, aunque sin embargo se demostró irrelevante, pues es obvio que era inexpugnable para la competencia militar de la fuerza hostil. Llevaban pocas armas y menos de fuego, pues los moriscos del Cenete no las tenían, como ha quedado demostrado, y sólo contaban las que portaban los alpujarreños. Ello les obligó a pelear siempre desde lejos, fuera del alcance de la artillería del fuerte (Mármol, 2015: 316). A ello hay que añadir su desastrosa operatividad táctica: se actuó en “tropel”, o sea “todos juntos y a una”; y “sin plática”, es decir, sin consensuar cómo se debía hacer y organizar. Aunque las fuentes no los citan, suponemos que los jefes moriscos fueron el Gorri y el Maleh, que no destacaron precisamente aquí por ser buenos estrategas.

Ante este panorama se puede concluir cómo se trató de un asedio inocente, aunque consiguieron llegar “tan adelante que horadando unas paredes del revellín entraron animosamente por ellas y se llevaron el ganado y los bagajes que allí había” (Mármol, 2015: 316). Fue todo lo que consiguieron, pero sobre todo evitaron que los cercados pudiesen salir del interior, situación que sólo se podía solventar si una fuerza de guerra exterior atacaba a los asediadores cogiéndolos en una tenaza. Por ello, desde arriba se afanaban en pedir auxilio a Guadix haciendo almenaras y ahumadas¹¹ desde lo alto de los torreones. Pero en la ciudad tampoco estaban sobrados de efectivos de guerra y no se atrevían a subir por lo numerosa que era la fuerza enemiga. Por fin, Pedro Arias, con los más animosos y tras esperar la llegada de gente de los Montes orientales, consiguió juntar unos trescientos infantes y sesenta caballeros para ir a descercar el castillo.

Las fuentes no dicen por qué punto atacaron las milicias, pero sí que los moriscos le hicieron frente desde un “cuchillo” (cresta) del cerro en el que se asentaba el castillo y a donde no podía llegar la caballería. Pero allí estaban al alcance de los tiros de una de las torres, por lo que fueron pillados en la temida tenaza. Esto y la mala organización, determinó que optaran por levantar el cerco y acabaran amparándose en las primeras cuestas de la sierra, no sin antes dejarse ciento cincuenta muertos, según Mármol.

Sin embargo, no todos los jefes cristianos quedaron contentos, pues el interés de la milicia estaba en despojar la villa de La Calahorra. Esta cuestión es el caballo de batalla que el alcaide de la Chancillería vierte sobre el corregidor accitano, cuando tras la guerra le acusa de incompetencia y ambición. Expone que cuando la milicia rompió el asedio, no explotó la victoria persiguiendo a los enemigos, sino que regresó a Guadix una vez saqueada La Calahorra, dejando trescientos sublevados aposentados en los alrededores y unos cinco mil entre Aldeire y Ferreira, con el consiguiente peligro de que la fortaleza fuera nuevamente sitiada. Mármol no piensa lo mismo y en su ya discreta línea de críticas, adula la actitud de Pedro Arias resaltando cómo volvió victorioso a su ciudad, no sin dejar en el castillo un retén de arcabuceros y munición al mando del capitán Mellado, por si los moriscos intentaban de nuevo tomar la fortaleza (Mármol, 2015: 317). Era el día 8 de enero de 1569. El asedio había durado tres días.

11. Aviso que se hacía encendiendo fuego para que fuese visto desde lejos. La almenara era apropiada para la noche y la ahumada, que utilizaba sobre todo paja que producía abundante humo, para el día.



Lám. 7. Poterna tapiada del castillo de La Calahorra. Foto: R. Ruiz Pérez



Lám. 8. Recreación de la puerta blindada con lamas de hierro oculta en la poterna. Fuente: Luis de Mora Figueroa.



Lám. 9. Revellín levantado frente a la fachada principal del castillo y espacio entre ambos (albacar), donde los asaltantes consiguieron llegar. Foto: R. Ruiz Pérez.

4. LAS CABALGADAS

Levantado el cerco, toda la población morisca, combatientes y no combatientes, se replegaron a la villa de Aldeire y al pie de su sierra. Allí se sentían seguros, a sabiendas de que la milicia no se atrevería a penetrar por los barrancos. Era una masa humana, incluidos niños y ancianos, desperdigada por la baja montaña en pleno mes de enero. Al frío y la nieve había que unir el acoso de los lobos, muy abundantes por aquellos tiempos en Sierra Nevada. Mientras, el castillo quedó como garante del control de la comarca y como centro de operaciones desde el cual se organizaron una serie de cabalgadas para terminar de reducir al enemigo.

Efectivamente, viendo desde las almenas que los amotinados no se retiraban e incluso se mostraban amenazantes, se preparó otra ofensiva con nueva intervención de la gente de Guadix. El plan se especificó en una carta que el día 14 llevó al corregidor Alonso de Benavides, un hijodalgo de la ciudad que se había quedado en La Calahorra¹². Su éxito radicaba en la sorpresa, pues tras el retorno de la gente de guerra a Guadix, el enemigo no esperaba ningún nuevo ataque. Se trataba de salir de la ciudad de noche para no ser avistados y, cruzando el llano, llegar a La Calahorra antes del amanecer. Reunificados allí todos los efectivos, se atacaría Aldeire, tomando primero las atalayas para evitar que alertasen a los hombres de pelea y población refugiada.

Para reclutar milicianos en Guadix se había pregonado por toda la comarca que el Cenete era “campo franco”, lo que daba carta blanca para la rapiña. Con este cebo, se logró reunir para esta ocasión un contingente compuesto por más de mil combatientes entre infantes y caballeros. Más interesados en el botín que en hacer la guerra, como ya era habitual, en lugar de subir por el centro de la llanura como se había acordado, vinieron “ya tendido el sol” lamiendo la sierra por Jérez, Alcázar y Alquife, villas a las que saquearon. Los pueblos estaban ya vacíos, pues sólo encontraron un anciano matrimonio, imposibilitado de huir, al que “alancearon”. Siendo por tanto bien avistados por el enemigo, llegaron a La Calahorra hacia el mediodía. A pesar del fracaso se planificó otro ataque contra Aldeire. Se trataba de coger al adversario en una tenaza. Por la noche la infantería dio un rodeo, situándose a los costados y retaguardia de los moriscos, mientras la caballería debía atacar de frente al amanecer. Pero “salieron de esta villa de La Calahorra el sol tendido y fue el ejército todo en tropel por el llano. Y así dieron lugar a los enemigos a que se pudiesen ir a su salva”¹³.

A esta algarada siguieron otras incursiones por el resto de los pueblos del Marquesado, siempre con el fin de despojar lo que había quedado en las viviendas y hacer todos los prisioneros y ganados que se pudieran capturar. Todos sus habitantes estaban en la sierra. Podemos imaginarnos el escenario de más de diez mil fugitivos trepando por las laderas, atosigados por una soldadesca ávida de esclavos. O el espectáculo de una sierra cubierta de nieve, sembrada por la noche por este hervidero humano al que había que proteger, calentar y

12. AHA, Leg. 88-108.

13. AHA, Leg. 143-8.



Lám. 10. Panorámica de los llanos del Marquesado que circundan al castillo de La Calahorra, desde las primeras pendientes de la sierra. Foto: J.M. Gómez-Moreno Calera.

alimentar. Finalmente, el proceso se remató prendiendo fuego a los pueblos ante la impotente mirada de sus moradores, que los veían consumirse desde la sierra. Allí permanecieron largos y tormentosos días, hasta que muchos de ellos terminaron por saltar a los pueblos no sometidos de la Alpujarra.

Cuando todo estaba devastado, los milicianos volvieron a sus pueblos cargados de botín, pero en la comarca seguían operando partidas belicosas. Por ello Mosquera pidió a mediados de enero al marqués de los Vélez, Luis Fajardo, que acudiese a La Calahorra a terminar de asegurar la tierra, sin que tal petición fuese atendida. También volvió a escribir a Guadix, sugiriendo una nueva entrada a los molinos de Dólar donde había “tres mil enemigos” con el no despreciable cebo de “trescientas bestias y panes”. Pero tras ser informado por un espía colaboracionista de que en “Paterna está el rey moro [Abén Humeya] con cuatro mil personas, perdido, sin munición y muerto de hambre huyendo del marqués de Mondéjar”, estimó no ser necesaria, de momento, ayuda alguna. Eran los días en que el alzamiento general parecía controlado¹⁴.

5. LAS RENDICIONES DE MUJERES

La desesperación del reyezuelo morisco se debía a que fue atenazado en la Alpujarra por dos ejércitos, el de Mondéjar por el oeste y el del marqués de los

14. AHA, Leg. 11-83.

Vélez por el este. La situación fue aprovechada por el primero, como capitán general del reino de Granada, para negociar la paz y rendición de los sublevados, al menos los más moderados. En esta tesitura, en Juviles se entregaron “16 alguaciles inaugurando un proceso imposible de parar” (Sánchez, 2000: 518), a lo que siguió el sometimiento del lugar de Laroles, donde se había recogido una gran cantidad de insurgentes que querían la paz.

En esta coyuntura, el castillo fue escenario privilegiado para acoger a aquellos naturales del Marquesado que se reducían, los cuales lo hacían también buscando la protección señorial, pues tenían gran fe en el amparo que podían encontrar en la justicia de la marquesa, María de Mendoza. Los primeros en hacerlo fueron las mujeres y los niños. Los padres de familia pensaron que este sensible sector de la población, poco sospechoso de intervenir en la guerra, sería bien acogido y al mismo tiempo apartado de las calamidades que padecían en su errar por la sierra. Así, entre finales de enero y febrero de 1569, más de mil mujeres con sus hijos, tuteladas por dos varones colaboracionistas, Fadrique y Belefique, llegan en varias remesas a entregarse a la fortaleza “sin ardid de guerra y a la merced de su señoría” –en referencia a doña María– alegando incluso que “si habían de ser cautivas preferían serlo de la marquesa” (Ruiz, 1991: 321-332).

La esperanza de nuestros moriscos en el perdón que esperaban obtener como consecuencia del retracto, es asombrosa. El ya nombrado Diego Tenor, colaboracionista de Aldeire y refugiado en el castillo, arrancó de Mondéjar un salvoconducto para todos aquellos que quisieran volver, nada menos que a “repoblar” otra vez la comarca. En poco tiempo reunió más de ciento cincuenta familias desperdigadas por la tierra sublevada y las puso en el castillo a disposición del gobernador. Incluso otros tantos se dejaron seducir por las promesas de este de dar “vida y libertad” a aquellos que se sometieran. Todo parecía marchar tan bien, que el Tenor había negociado a primeros de marzo la entrega de Abén Humeya en un encinar, a cambio de la libertad de sus hijas, cautivas en Guadix (Mármol, 2015: 390).

Sin embargo, las buenas maneras de Mondéjar fracasaron porque tenía numerosos y poderosos detractores, lo que motivó que las entregas voluntarias no fueron tratadas tal y como se había acordado. Se cometieron atrocidades como la matanza de los moriscos en la cárcel de Granada, o la perpetrada en Laroles a primeros de marzo de 1569 con moriscos de paz. En el Marquesado no fue menor el dolo seguido con los que se rindieron. Las mujeres recluidas en el castillo fueron despojadas de inmediato de sus joyas, con las que se llenaron dos tabaques y una capa. Pero lo peor estaba por llegar. Algunas doncellas fueron violadas y finalmente todos, incluidos los niños, pasaron al mercado de la esclavitud: un inmenso botín para Juan de la Torre y, en menor medida, para Mosquera. En cuanto a los que portaban salvoconducto de Mondéjar, muchos fueron ahorcados o esclavizados por el gobernador¹⁵.

15. Estos comprometidos informes constan en el juicio de residencia, al que volveremos más adelante, levantado a Juan de la Torre (AHNOB, Osuna, Leg. 2968 y Leg. 2473-1).

Todos estos desmanes, entre los que tuvo gran peso lo realizado en La Calahorra, como reconoce Mármol (2015: 666), determinaron que la actitud reduccionista se abortara y el final de la guerra, esperado por el capitán general, fuese sólo un espejismo. Por supuesto, no se llegó a producir la proyectada entrega de Abén Humeya, incrementándose por el contrario el movimiento insurreccional en efectivos y cobrando más fuerza, hasta determinar lo que la historiografía define como el segundo levantamiento. El mismo Diego Tenor lo vaticinó, cuando, ante el fracaso de la entrega de Abén Humeya, rompió a llorar amargamente, exclamando:

“¡Dios no quiere que yo vea libres a mi mujer e hijas! Esta cabalgada [de Laroles] ha de desvaratar mi negocio [entrega de Abén Humeya a cambio de sus hijas] y nadie osara fiar, antes volverán a levantarse los reducidos.” (Mármol, 2015: 390)

6. EL CASTILLO EN LA NUEVA FRONTERA

La guerra tomó nuevos derroteros, pues el bando morisco se reorganizó y tomó la ofensiva. Zonas del reino, hasta ahora inmovilizadas, se levantaron, como el importante sector del valle del Almanzora, hostigado por el alguacil de Ferreira, Gerónimo el Maleh, convertido ya en un prestigioso caudillo insurgente. Lo mismo se puede decir del sector cristiano, ahora con la estimulante presencia en Granada de Juan de Austria, nombrado nuevo capitán general. Tras su llegada a Granada el 12 de abril de 1569, reorganizó un consejo de guerra con atribuciones de lo que hoy podríamos considerar Estado Mayor (Sánchez, 2000: 522), en el que, no obstante, estaba presente el destituido Íñigo López de Mendoza. Y por si fuera poco, por fin fuerzas profesionales se unieron a la lucha, cuando en junio los tercios desembarcan en Tolox.

Durante estos meses de tensa preparación, la presión de los rebelados fue muy intensa en la tierra de Guadix: insurgentes de la Alpujarra levantaron La Peza, se desbarató un fuerte cristiano en el puerto de La Ragua y la presencia de bandas belicosas en las vegas y pueblos del Marquesado sería recurrente. Un buen ejemplo de esto último es la muerte del licenciado Cámara el 23 de marzo, un suceso que dio mucho que hablar y fue objeto de una investigación.

En efecto, Francisco de Cámara había sido beneficiado de La Calahorra. Su condición de clérigo no le impidió participar en el saqueo de los pueblos del Marquesado y se hizo con varias esclavas que guardaba en el castillo. Pero su codicia no se conformó con ello. Tras la huida de los moriscos y el incendio de los pueblos, fue informado de que en un silo (zulo en forma de gran tinaja excavado y oculto en el suelo) de una huerta de Dólar, había un tesoro escondido valorado en más de 30 000 ducados.

Ante tan suculento botín, no dudaron en ir en su búsqueda. Se hizo acompañar por criados y un colaboracionista morisco conocedor del lugar, Diego Marzón. Cuando estaban en plena faena, fueron sorprendidos por una partida de veinte moriscos. Acosados en una vivienda, les obligaron a salir prendiéndole fuego con mazos de esparto. De resultas, dieron muerte a Cámara y a uno de sus criados,

mientras que el resto de la servidumbre pudo escapar. Acusado de complicidad con el grupo que atacó, Marzón fue encarcelado en el castillo. Se defendió diciendo que durante la refriega todos oyeron gritos de los rebeldes diciendo “está también el perro de Marzón”, lo que claramente invalidaba la acusación. Esto demuestra una vez más la difícil situación de los colaboracionistas, pues para los suyos eran traidores, mientras que para los cristianos se trataba de unos moros más en los que no se podía confiar. Entre estos había cuajado el dicho: “Todos son uno” (Ruiz, 1991: 308; Garrido, 2014: 51, 74).



Lám. 11. Silo localizado en Dólar. Foto: R. Ruiz Pérez.

Volviendo al rol que el castillo desempeñó en esta nueva fase de la guerra, es preciso apostillar que con Juan de Austria en el poder, pasó a jurisdicción del consejo militar que se formó. Mosquera debió abandonarlo en febrero, pues el día 17 se le interceptaron cuarenta y cinco esclavas que llevaba de La Calahorra a Granada (Garrido, 2014: 98). Pero fue a finales de abril, dentro del plan de refuerzo de las fortalezas que llevó a cabo el nuevo gobierno, cuando suponemos que fue depuesto Juan de la Torre y reemplazado por el capitán Navas de la Puebla, a lo que la titular del señorío no se opuso, entre otras razones por la buena amistad que unía al de Austria con doña María de Mendoza.. El nuevo alcaide era un prestigioso militar¹⁶ y estaría al frente del castillo y su dotación militar hasta el final de la contienda.

16. Con grado de licenciado, era descendiente de una familia neoconversa de la élite granadina, habiendo servido en África y Milán.

La decisión de que el fortín estuviese gestionado por el consejo y con un militar experimentado al frente, respondía sin duda a la entrada en guerra de los nuevos territorios. Tras la sublevación de la comarca del Almanzora y el peligro que desde allí acechaba a las tierras de Baza y Huéscar, determinó que el Marquesado se convirtiera en frontera entre la Alpujarra, el Almanzora, Guadix y el altiplano granadino. En este nuevo escenario el puerto de La Ragua (2041 m de altitud) era el camino de comunicación tradicional, pero muy vulnerable en tiempo de guerra, como ya se ha comprobado. Por ello el puerto de Lot (o del Lobo), situado más al oeste, fue la alternativa, dado que aunque bastante más alto (2450 m), se ganaba en seguridad por tener sus accesos y decesos a través de lomas abiertas y no embarrancados como en La Ragua. Además, presentaba en su cumbre un espacio llano de bordes poco relevantes, donde poder pernoctar con total seguridad¹⁷. La fortaleza de La Calahorra tenía cualidades para ser un gran almacén de provisiones, amén de que podía comportarse como cabeza de puente a bascular hacia un lado u otro, según necesidad.

Así debió entenderlo el marqués de los Vélez, quien a comienzos del verano de 1569 tenía su campo inactivo en Adra, donde padecía carencias de abastecimiento. Para él La Calahorra podía solucionar este problema, pues la vitualla que le llegaba desde Málaga y Granada no era operativa, y sin un servicio eficaz era imposible que su ejército pudiese luchar en cualquier parte donde se hallase¹⁸. Por ello, desde allí solicitó al consejo ir a repostar víveres al castillo, aunque en ese momento no lo vieron necesario. Más tarde reconocerían su error, “pues lo que después sucedió fue de mucha importancia y fue mucho el daño no haberlo hecho” (Mármol, 2015: 496). Algo tan necesario como los bastimentos de un ejército sería un problema recurrente durante la guerra y en lo que el castillo, en lo sucesivo, prestaría un importante servicio.

7. EL CAMPO DEL MARQUÉS DE LOS VÉLEZ

El consejo tenía previsto que el ejército del marqués de los Vélez fuera crucial en esta fase de la guerra, por lo que a pesar de su inactividad lo reforzó con tercios y un cuerpo de 1000 catalanes llamados “deletes”¹⁹. Para aliviar la situación que había sobre el altiplano y previendo la intervención en él, recibió órdenes de trasladarse a la Alpujarra, lo que efectuó el 26 de julio. El día 3 de agosto decidió atacar a Abén Humeya en el mismo lugar de su cuna, Válór. Allí lo desbarató, subiendo la moral de la tropa.

17. De hecho, “lot” significa tabla. Popularmente se le ha llamado puerto del Lobo por corrupción o derivación del vocablo árabe.

18. Las campañas del marqués de los Vélez han sido estudiadas por extenso por Sánchez Ramos (2002).

19. Los “deletes” o “delates”, era un cuerpo de élite reclutado en Cataluña, concretamente en el Ampurdán, por Luis de Requesens. Curtidos en los Pirineos, se especializaron en la guerrilla de montaña, pues su misión era custodiar y defender los caminos que por ella transitaban. Fueron, pues, muy apropiados para la áspera tierra en que se desarrolló la Guerra de las Alpujarras.

Fue por esta batalla y de manera aparentemente no prevista, cuanto tuvo lugar la arribada de don Luis Fajardo a La Calahorra. Iba en la vanguardia con un golpe de caballería de trescientos jinetes arremetiendo contra el enemigo sierra arriba, de manera que llegó al mismo puerto de Lot, mientras el grueso del ejército quedaba más abajo. El empuje fue tal que reventaron muchos caballos, entre ellos el suyo propio y que le obligó a tomar otro (Mármol, 2015: 503).

Eran las cinco de la tarde y no juzgó conveniente volver al campo de Válor por lo que decidió bajar la ladera norte de la sierra y pernoctar en La Calahorra, donde le recibió el capitán Navas. Allí descubrió que sólo había comida para un día. Escribió esa misma noche al capitán general sin disimular su enfado y recordándole la petición de abastos que había hecho anteriormente. En los mismos términos se dirigió a Guadix y Baza, por lo que al día siguiente fue visitado por el obispo, que llevó como presente doscientos mulos cargados de pan y bizcocho (Sánchez, 2002: 131). Es muy probable que la llegada del marqués a La Calahorra no fuese tan imprevista y tratase de comprobar personalmente la situación de la fortaleza antes de trasladarse a ella.

La vuelta a Válor fue inmediata –estaba siendo acusado por sus detractores de imprudente por haber abandonado el campo– dejando en La Calahorra a Álvaro de Bazán, su íntimo amigo. Cuando llegó comprobó que la situación de su ejército tras la batalla era caótica. Los heridos morían por falta de medios y el hambre cundía, lo que llevó a numerosas deserciones. Provisionalmente, el abasto se solucionó con una remesa de víveres enviados, con fuerte escolta, desde Granada vía Guadix-La Calahorra. Pero sólo fue flor de unos días (Sánchez, 2002: 131).

Agobiado por los abastos decidió trasladarse a La Calahorra por un lugar que ya conocía, el puerto de Lot. El día 9 de agosto acampó allí e hizo recuento de sus efectivos: tres mil soldados y cuatrocientos caballos subieron y bajaron por las empinadas laderas, la mitad de los que tenía cuando comenzó en la costa. Según Navas de la Puebla, se estableció en la villa marquesesa finalmente el 13 del mismo mes. Una vez asentado al pie del castillo, entre el caserío y su vega, se le unieron más hombres, entre ellos muchos de los que antes se habían fugado, llegando a completar los cinco millares. De nuevo las críticas llueven por la decisión del traslado. Sin embargo, parte del Estado Mayor lo justifica por los problemas de intendencia que tenía en Válor (Sánchez, 2002: 135), donde no había molinos útiles. Estos estaban en la ciudad de Guadix, que se convirtió en punto clave del abastecimiento de pan, pues los del Marquesado también estaban derruidos.

Pero Guadix no solucionó tampoco el problema general de la intendencia²⁰. Para empezar había escasez de bestias de carga, pues los bagajes que tenía en Válor no vinieron a La Calahorra y aunque los molinos y hornos trabajaban a destajo, no eran suficientes y hubo que importar víveres de Jaén. A ello hay que unir un comportamiento extraño del marqués de los Vélez, tal vez porque su ánimo estaba minado a causa de las críticas que recibía. La displicencia y falta de coor-

20. El aprovisionamiento desde Guadix ha sido estudiado por Garrido (2014: 54-55, 58-59).



Lám. 12. Las llanadas de Lot en las cumbres de Sierra Nevada. A la derecha, parte del caserío de La Calahorra. Foto: R. Ruiz Pérez.

dinación, determinó un estado de indisciplina en la tropa cada vez más acusado. Hambre y enfermedades eran campo abonado para las deserciones en masa, a veces encubiertas con dolencias fingidas como artimaña para huir del campo con el botín que pudiesen transportar. Los soldados robaban en las panaderías de la ciudad y su hospital estaba tan desbordado que no podía ni registrar los enfermos que llegaban.

El ejército se deshacía en La Calahorra. Al faltar también las pagas, la indisciplina llegó a tal punto que se temieron motines y atentados. Por ello, cuando Luis Fajardo vio que su hijo Diego era herido de un arcabuzazo, en su intento de abortar una fuga, decidió trasladar su puesto de mando a los aposentos del castillo, pues hasta el momento lo tenía emplazado en el campamento junto a su tropa, como indica Hurtado de Mendoza: “Temiendo de su persona, pasó a posar en la fortaleza” (Hurtado, 1945: 124).

Caos, gasto y ausencia de actividad militar, eran grandes argumentos para atacar al noble y su prestigio se arruinó, de quien se decía que “consumía bastimentos sin efeto” (Mármol, 2015: 504). Sus únicas intervenciones antes de levantar el campo, fueron colaborar con las tropas de Guadix en un ataque a Alboloduy –para hacer cautivas a moriscas que estaban cogiendo aceitunas– y socorrer a Oria con un cuerpo de ejército al mando del capitán Gonzalo Fernández.

Entre tanto, los acontecimientos bélicos se precipitaron por la llegada de los radicales moriscos al poder, tras el asesinato de Abén Humeya en septiembre

y la subida de Abén Aboo a la jefatura de la sublevación. El nuevo objetivo era consumir la conquista del altiplano. Si bien Oria se resistió, no pasó lo mismo con Galera, que cayó sometida el 7 de noviembre de 1569 en poder del Maleh, amenazando Baza y Huéscar. En esta coyuntura, el rey entendió que a pesar de su descrédito, el marqués de los Vélez seguía siendo necesario y, a la espera del momento oportuno, concertó con su hermanastro su salida de La Calahorra.

Finalmente, fue el propio marqués quien tomó la iniciativa, tras la sublevación de Orce el 20 de noviembre y el intento de asalto rebelde de Huéscar. Estos acontecimientos convencieron al noble de la imperiosa necesidad de actuar en la zona. El día 21 amaneció con una tempestad de agua y nieve que impidió su salida de La Calahorra. Amanada la tormenta, partió definitivamente el día 23 con mil infantes y doscientos caballos. Posteriormente, el capitán general lo relevó de su cargo, si bien le ofreció un puesto en el Estado Mayor, pero Fajardo rehusó y se retiró a su castillo de Vélez Blanco, centro de su señorío (Sánchez, 2002: 181-186), sin intervenir en la toma de Galera, que claudicó el 7 de febrero de 1570.



Lám. 13. El castillo con la villa de La Calahorra a sus pies, donde acampó el ejército del marqués de los Vélez. Foto: R. Ruiz Pérez.

Casi tres meses y medio duró la pesadilla del marqués de los Vélez en La Calahorra. Si bien la villa había sufrido en los días del levantamiento, más tarde los desmanes de la soldadesca causaron su total devastación. El hecho, muy divulgado, promovió la enérgica protesta de doña María de Mendoza, quien envió una carta a Juan de Austria, a quien entre otras cosas decía:

“[Las milicias cristianas] avían talado e cortado de raíz muy gran cantidad de castaños e morales e otros árboles de provecho, que era todo el aprovechamiento de aquella tierra, para quemar. Y así mismo, avian derribado por el suelo gran cantidad de casas para sacar y quemar la madera que allí avia, no aviendo necesidad, por tener la leña casi junto a las casas. Lo cual se avia hecho solo con el efeto de hacer mal y daño.”²¹

Cuando la marquesa presentó su protesta, el campo del marqués de los Vélez ya se había levantado. Pero don Juan de Austria se hizo eco de ella. Y previniendo que nuevos ejércitos que allí se asentasen volvieran a las andadas, emitió una real cédula²², fechada en Serón el 4 de marzo de 1570, ordenando que se respetase, bajo fuertes penas, lo que había quedado en pie. En cualquier caso, el esquilmo condicionó durante muchos años la posterior repoblación de la villa, que se retrasó considerablemente con respecto a las demás del Marquesado. Sin embargo, no hay registro escrito de que el castillo fuese maltratado, pues siempre estuvo bajo la custodia del capitán Navas de la Puebla.

8. PRESIDIO DE MUJERES Y CENTRO DE INTENDENCIA

Comenzado el año 1570 aún quedaba mucha guerra por delante. Nuevos generales, como el duque de Sesa, entraron en escena. El castillo, siempre con el capitán Navas al frente, quedó con una fuerte guarnición militar. Hay indicios sobrados de que se utilizó como presidio de las mujeres y niños capturados, aunque fuese de forma provisional, pues espacialmente no tenía capacidad para cobijar durante mucho tiempo a los cientos de personas que se documenta que a él llegaron. También, junto a Guadix, siguió siendo centro de abastecimiento de los ejércitos en cualquier parte que se encontrasen. Como botón de muestra citaremos algunos casos. Así, cuando ya corrían vientos de rendición, un tal Diego Osorio debía llevar desde Órgiva un mensaje con las cláusulas acordadas al duque de Sesa, que se encontraba en Juviles. Como quiera que cuando llegó, este se había marchado ya a Ugíjar, se encontró ante la incertidumbre de tener que recorrer territorio enemigo. En esta tesitura, un notable morisco de Juviles le ofreció protección y salvaguarda de su persona hasta llegar a su destino. Y así lo hizo. Lo único que le pedía era que le permitieran recuperar a su mujer e hija que estaban presas en La Calahorra (Mármol, 2015: 644-645).

21. AHNOB, Osuna, Leg. 1851-1.

22. *Ibidem*.

Igual demuestra la expedición que envió el citado militar el 16 de abril desde Ugijar, vía La Ragua, a La Calahorra en busca de víveres, al tiempo que llevaba seiscientas cautivas moriscas, para confinarlas tras sus muros, y muchos enfermos al hospital de Guadix. Iba al frente el marqués de Favara y a pesar de valorar que el camino era peligroso se decidió ir por él, tanto por la proximidad como por la imposibilidad de transportar enfermos por el puerto de Lot. Fue uno de los mayores desastres sufridos por el bando cristiano en esta guerra. La escolta de mil infantes no pudo evitar el ataque morisco, con un saldo de ochocientos muertos y la liberación de las cautivas. Finalmente Favara pudo llegar al castillo con los restos del naufragio (Mármol, 2015: 648). El revés conmocionó a Sesa y lo embargó de dudas y temores. De hecho renunció a llevar, por miedo a otra contundente emboscada, su campo desde Ugijar a La Calahorra como meses antes hiciera el marqués de los Vélez. Por ello desde allí se trasladó a Adra.



Lám. 14. Uno de los grandes salones del castillo, donde debieron instalarse las numerosas presidiarias que en él se custodiaron. Foto: J. M. Gómez-Moreno Calera.

El último servicio que prestó tanto la villa de La Calahorra como su castillo, llegó en la última etapa de la guerra, con el emplazamiento de un nuevo campo durante más de un mes. Eran ya los días de la rendición irreversible de los moriscos, liderados entonces por el Habaquí; aunque su asesinato en julio de 1570 por el sector más irreductible, propició que los ejércitos cristianos se reorganizaran

para una ofensiva final. El plan previsto contemplaba que Luis de Requesens entraría a saco desde Granada, mientras que desde Guadix y el Marquesado, Juan de Austria y el duque Sesa cerrarían el paso a cualquier huida morisca, barriendo la tierra y encontrándose ambos contingentes en Cádiar.

Este último ejército empezó a reunificarse en La Calahorra, donde progresivamente fue recibiendo efectivos provenientes de otros cuerpos que se habían disuelto. El 3 de agosto de 1570 ya había allí algunas compañías acampadas, pues este día se pregonó la cédula emitida en marzo por Juan de Austria y citada anteriormente, con objeto de que no se secundara el esquilmo realizado por las huestes del marqués de los Vélez casi un año antes. Por entonces Navas de la Puebla seguía aún al frente del castillo.

Finalmente, se consiguieron juntar tres mil doscientos infantes y trescientos caballos. Con el duque de Sesa al frente, partieron hacia la Alpujarra el 7 de septiembre con raciones para cuatro días, haciendo noche en las ya conocidas llanadas del puerto de Lot (Mármol, 2015: 707). Mientras se ejecutaba el plan propuesto a través de la Alpujarra, el castillo siguió prestando sus servicios de abastecimiento y presidio. El último fue el 29 de septiembre, día en que una nueva expedición llegó a cargar bastimentos y a llevar más de mil nuevas mujeres cautivas (Mármol, 2015: 705).

Pudiera ser que por estos días siguiera todavía allí el capitán Navas, lo que no impediría que funcionarios de la marquesa del Cenete se instalasen en el castillo, pasando de nuevo a su jurisdicción. Se trataba del nuevo gobernador Álvarez de Zamudio y de sus servidores, que habían procedido a levantar, por mandato de la marquesa, “juicio de residencia”²³ a Juan de la Torre. En ese momento se estaban formulando los cargos, a partir de las informaciones que se obtenían de los numerosos colaboracionistas moriscos del Marquesado, que habían pasado allí toda la guerra²⁴. Se le acusaba, entre otros grandes latrocinios y crímenes, de apropiarse de un cuantioso botín que por derecho señorial pertenecía a doña María de Mendoza. Pero sobre todo pesaba sobre él la reducción a esclavitud de los contingentes de mujeres y niños del Marquesado que habían ido a rendirse al castillo –invocando que sólo se entregaban a la clemencia de la marquesa– en los primeros meses de la rebelión. Pero esta es ya otra historia.

9. EL EPÍLOGO MONFÍ

Oficialmente la guerra acabó con el asesinato de Abén Aboo el 13 de marzo de 1571. Para entonces los moriscos “de paces” (los no sublevados) del Marquesa-

23. Fue un procedimiento judicial del derecho castellano, que consistía en someter a revisión las actuaciones de un funcionario una vez que había desempeñado su cargo. Generalmente el responsable de dirigir el proceso, llamado “juez de residencia”, era la persona ya nombrada para sucederle.

24. Los cargos y testimonios constan en dos legajos de considerable extensión (AHNOB, Osuna, Leg. 2473 y Leg. 2968).

do ya llevaban varios meses expatriados. Su salida, organizada en Guadix por el mismo Juan de Austria, tuvo lugar el 1 de noviembre de 1570.

Pero el vacío humano no se apoderó durante mucho tiempo del Marquesado y su castillo. María de Mendoza tenía proyectado repoblar pronto la tierra dejada por los moriscos y volver así a recuperar sus rentas, que no cobraba desde 1568. Para ello envió pronto a un nuevo gobernador –Miguel de Lorregui, que sustituyó a Zamudio, pero cuyo mandato se limitó al tiempo que duró el juicio de residencia–, con la misión de buscar nuevos colonos para el señorío. Este se instaló en el castillo a finales de la primavera o principios del verano de 1571, con unos doce sirvientes y un grupo de expertos. Estos fueron enviados a buscar repobladores a las comarcas centrales de la actual provincia de Jaén, las más cercanas al Cenete y ya fuera del reino de Granada, como exigía la normativa (Ruiz, 2020).

La gestión de Lorregui y sus colaboradores fue rápida y eficaz, pues consiguió que para los meses de septiembre y octubre de 1571 –tan sólo un año después de la última operación de guerra organizada en el castillo– llegaran las primeras cuadrillas, de manera que para diciembre ya se habían instalado más de cuatrocientas familias en las villas de Huéneja, Ferreira, Aldeire y Lanteira. El plan era que pudieran iniciar las siembras de invierno y asegurar la cosecha para el verano siguiente y, por tanto, las rentas señoriales.

No es lugar para relatar la complicada gestión de esta pionera etapa repobladora y las penurias y problemas a los que se enfrentaron los inmigrantes, pero sí cabe especificar las nuevas funciones del castillo. Sirvió como silo para el cereal de siembra que se les entregaba a los colonos en calidad de préstamo, y también como almacén de víveres para hacer frente a las perentorias necesidades de los recién llegados. De hecho, el gobernador ordenaba guisar rancho general, con el que daba la bienvenida a las partidas que sucesivamente iban arribando a los diferentes pueblos.

Y, a no dudar, el castillo también siguió prestando servicios militares, pues una grave coyuntura con la que no contaban los novísimos vecinos fue el peligro monfí, o bandolerismo disidente de los que no entregaron las armas tras la guerra. La presencia de grupos de moriscos irredentos y rabiosos era en esos momentos muy intensa e incluso se prolongó durante los primeros años de la repoblación. La sierra fue su principal refugio y base de incursiones. Y los pueblos del Marquesado, muy cerca de ella, eran un objetivo fácil y certero.

En este nuevo escenario el castillo siguió siendo arsenal de armas y centro de operaciones. Al margen de que las cuadrillas cristianas activadas por la Capitanía General de Granada operasen en la tierra de Guadix, nuestro gobernador organizó la particular defensa del Marquesado. Con el apoyo de algunos veteranos de guerra, construyó reductos y trincheras en sitios estratégicos, organizó partidas dispuestas a actuar y entregó armas a los colonos: escopetas, arcabuces, mosquetes, alabardas, espadas, etc. No se antoja extraño ver a albañiles y campesinos trabajando con la espada ceñida a la cintura y la escopeta a la bandolera.

Se temía especialmente a la noche. Para conjurarla, postas y centinelas formadas por los más voluntariosos rondaban en la oscuridad por el entorno de los pueblos, con el fin de evitar ataques esporádicos a las maltrechas casas de las asustadas familias que las ocupaban. Así lo relató en una ocasión de peligro el neopoblador Juan Leiva.

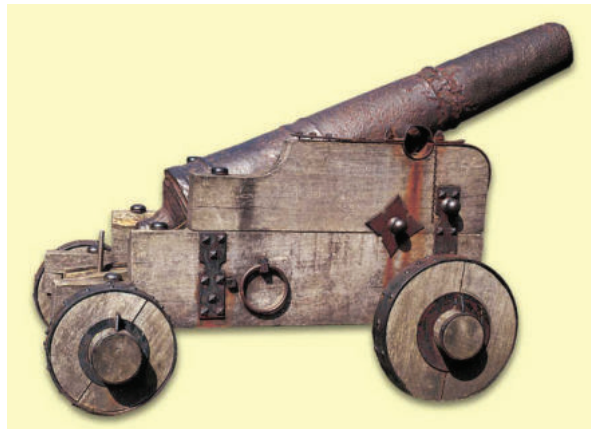
“Una noche antes de Navidad [de 1571], este testigo y Gregorio López, a prima noche estaban rondando las casas de Ferreira e vieron a un moro al cual siguieron e mataron y le cortaron la cabeza, sin que los demás vecinos lo supiesen porque no se alborotasen, que eran bisoños.”²⁵

O sea, había miedo en los colonos, y era natural porque eran meros campesinos cargados de hijos en una tierra extraña. Por ello los que tenían alguna experiencia actuaron de jefes militares, como Alonso de Molina, nuevo vecino de Dólar, que había estado con veinte años en la guerra según él mismo confesaba, por lo que se le responsabilizó de la defensa del lugar. Jérez, villa donde había más riesgo de ataques, la rigió durante bastante tiempo “un hombre experimentado en las cosas de la guerra”, Alonso de Górriz, “alcalde y cabo de la gente”²⁶.

En fin, pobreza, trabajo y penurias no fue todo lo que tuvieron que afrontar aquellos pioneros, sino que arriesgaron también sus vidas a manos de los monfíes. Reducidos años más tarde, la cuestión morisca sólo quedó para la memoria de las generaciones venideras. En cuanto al castillo, aunque por muchos años siguió bien armado, los tambores de guerra no volvieron a repicar en sus almenas. En adelante sus funciones serían más prosaicas, siempre vinculadas al gobierno y réditos del territorio que controlaba.



Lám. 15. Alabarda.



Lám. 16. Culebrina.

25. AHNOB, Osuna, Leg. 1888-7.

26. AHNOB, Osuna, Leg. 1897.

10. CONCLUSIONES

A lo largo de los más de quinientos años en que hoy se data la existencia del castillo de La Calahorra, la guerra y rebelión de los moriscos fue, por fortuna, el único episodio en el que fue utilizado para operaciones bélicas. No olvidemos que, por definición, todo castillo es un edificio concebido para la guerra. Desde este perfil y teniendo en cuenta todo lo expuesto, se puede afirmar que cumplió con solvencia su cometido. Varias conclusiones específicas se obtienen del papel desempeñado en esta memorable ocasión.

Ante el riesgo permanente de rebeliones que existió en la comunidad morisca durante los setenta años que duró su existencia, la fortaleza calahorrefña fue muy valorada –su construcción acabó en 1513– por el poder cristiano. En este sentido, su valor estratégico trascendió el territorio del Marquesado para extenderse al conjunto del reino de Granada. La mejor prueba fueron las partidas presupuestarias extraordinarias que se libraron, a cuenta del erario público, para reforzar su defensa en momentos considerados críticos. También, los titulares del señorío se cuidaron de que siempre tuviese una dotación completa y operativa de armas y municiones.

Esta consideración estratégica se hizo evidente desde los primeros días del levantamiento general de los moriscos. Se tomaron medidas preventivas para impedir que cayese en manos de los sublevados; y, sin duda, el castillo podría haber contribuido a disminuir el riesgo de insurgencia de los naturales del Marquesado, pero esta finalmente se materializó, favorecida por la incompetencia de las milicias cristianas –con sus jefes al frente– y su hostilidad hacia la población morisca. A pesar de todo, el fortín evitó que la comarca fuera controlada por los amotinados y salvó la vida a los cristianos viejos de ella, que de otra manera hubiesen sido masacrados. En el asedio que soportó, demostró, como era de esperar, que su coraza castral era inexpugnable, a pesar del elevado contingente de enemigos que lo sitió.

Fuera de esta operación netamente bélica, fue eficaz para someter el territorio comarcal, para lo cual se utilizó como cuartel, desde el que se organizaron operaciones militares que permitieron limpiar el Marquesado de sublevados. Sin embargo, fue insolvente en el control del puerto de La Ragua, convertido en un punto negro para el tránsito de tropas o bastimentos cristianos.

Superados los días del primer alzamiento, la fortaleza fue considerada pieza clave en el desarrollo posterior de la guerra. Para ello pasó a ser gestionado por el consejo, que no dudó en poner al frente a un militar de confianza tras destituir al delegado señorial. Como el escenario de la guerra estaba alejado, no se previó que el fortín fuera sitiado, aunque el castillo demostró su utilidad en otras funciones:

- como presidio de mujeres y esclavas, no solo por la imposibilidad de fugarse, sino también por lo aptos que para ello eran sus amplios salones;
- también, como centro de intendencia reunía condiciones para el almacenamiento de víveres y pertrechos, fáciles de custodiar y difíciles de sustraer;

- no fue menor su aportación como acuartelamiento de tropas en sus alrededores y a la vera de su imponente figura. A pesar de las deserciones, el marqués de los Vélez pareció sentirse allí muy seguro con su ejército y fue reacio a levantar el campo. Sin embargo, las consecuencias para la villa de La Calahorra fueron calamitosas.

Y una reflexión final. ¿Pensó don Rodrigo de Mendoza cuando levantó este robusto edificio que lo enemigos a batir serían los moriscos? O tuvo en mente otros hipotéticos adversarios, como sus correligionarios de la nobleza o la propia monarquía. De valorar la primera opción fue, desde luego, una construcción sobredimensionada, dada la incompetencia ofensiva que exhibieron los rebelados. Consta además su poder de persuasión, pues su mera presencia inhibía cualquier hostilidad contra sus ocupantes.

BIBLIOGRAFÍA

- Albarracín Navarro, J. *et alii* (1986) *El Marquesado del Cenete. Historia, toponimia y onomástica, según documentos árabes inéditos*, v. 1. Granada: Universidad.
- Alarcón, P. A. de (1990) *Viajes andaluces*. Granada: Caja General de Ahorros.
- Díaz López, J. P. (2018) *Nobles y banqueros. Fiscalidad y crédito en el marquesado del Cenete (siglo XVI)*. Almería: Universidad.
- Garrido García, C. J. (2014) *La esclavitud morisca en el reino de Granada: Guadix en el último tercio del siglo XVI*. Charleston: Create Space Independent Publishing.
- Garrido García, C. J. (2020) "Guadix y su tierra durante la rebelión de los moriscos (1568-1571). Coyuntura bélica y cambios socioeconómicos", en A. Jiménez Estrella & J. Castillo Fernández (eds.) *La rebelión de los moriscos del Reino de Granada y la guerra en época de los Austrias: estudios para un debate abierto*. Granada: Universidad, pp. 201-222.
- Hurtado de Mendoza, D. (1970) *Guerra de Granada*. Ed. de B. Blanco González. Valencia: Castalia.
- Madoz, P. (1846) *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de ultramar*, v. 5. Madrid:
- Mármol Carvajal, L. del (2015) *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada*. Ed. de J. Castillo Fernández. Granada: Universidad.
- Pérez de Hita, G. (1998) *La Guerra de los moriscos*. Ed. de J. Gil Sanjuán. Granada: Universidad.
- Ruiz Pérez, R. (1991) "El levantamiento morisco en tierras de señorío. El caso del Marquesado del Cenete", *Crónica Nova*, 19, pp. 291-336.

- Ruiz Pérez, R. (2020) “De nación morisca a cristiano viejo: colonos pioneros en el señorío del Cenete”, en M. Birriel Salcedo & R. Álvarez Ruiz (eds) *De Nación Morisca*. Granada: Universidad, pp. 476-489.
- Sánchez Ramos, V. (2000) “La guerra de las Alpujarras”, en M. Barrios Aguilera (ed.) *Historia del Reino de Granada*, v. 2. *La época morisca y la repoblación (1502-1630)*. Granada: Universidad, pp. 507-542.
- Sánchez Ramos, V. (2002) *El II marqués de los Vélez y la guerra contra los moriscos (1568-1571)*. Almería: Revista Velezana - Centro Virgitano de Estudios Históricos.

APÉNDICE DOCUMENTAL

DOCUMENTO 1

**1555, mayo, 28 y 31. La Calahorra (Granada).
Registro de las armas existentes en el castillo a la salida del gobernador Luis Escrivá y entrada del nuevo mandatario, Luis Hurtado de Mieres.
AHNOB, Osuna, Leg. 1888 (Albarracín, 1986:211).**

Imbentarios que en 28 y 31 de mayo de 1555 se hicieron en la Villa de la Calahorra de las armas, municiones, artillería y otras cosas que havía en la fortaleza de dicha Villa. Están autorizados de Alonso de Sotomayor, escrivano Real.

En la villa de la Calahorra del marquesado del Cenete, en la fortaleza d'ella veynte y ocho días del mes de mayo de mill e quinientos çinquenta e çinco años. El señor mosen francés Luis Escrivá, gobernador que fue d'este dicho marquesado del Cenete, dixo: que porque al tiempo que él tomó la vara e cargo de gobernador d'este dicho marquesado, el señor Hernán Peláez de Myhes, governador que a la sazón hera, y tras quyen el dicho señor mosén francés Luis Escrivá conçedió el derecho y entregó por ynventario general con día e mes e año todas las armas, munyçion e artillería que en la fortaleza d'esta villa de la Calahorra avia e otras cosas que avía, como se contiene en el ynventario que d'ello se hizo, ante mí, el escribano yuso escripto. E porque agora él no tiene a cargo el dicho oficio, e por el Illmo. Señor don Diego Hurtado de Mendoça de la Vega e de Luna, marqués d'este dicho marquesado, e por mi señor está proveydo por tal gobernador d'este Cenete, el muy magnífico señor Luys Hurtado de Mieres. Por tanto que pedía a mí el dicho escrivano, asiento por ynventario todas las dichas armas, artillería e otras cosas que en la dicha fortaleza ay, las quales él dava y entregava al dicho señor, Luis Hurtado, gobernador e se asentaron en esta forma:

Primeramente, dozientas y çinquenta e seys alavardas, que son las contenidas en el inventario que el señor francés Luis tenia. Çiento treze escopetas, la una quebrada. Çiento e catorze frascos, los dos quebrados. Veynte e ocho frasquillos. Noventa e ocho vallestas con sus gafas. Seys cureñas y media de ballesta. Dos gafas e media de vallesta.

Nueve mosquetes. Treynnta e quatro coseletes cada uno d'ellos con un braçal, menos medio en el uno d'ellos; Alabardas, 256; Escopetas, 113; frascos, 114; frasquillos, 28; ballestas con sus gafas, 98; cureñas de ballesta, 6 y 1/2; gafas de ballesta, 2 y 1/2; mosquetes, 9; coseletes con braçal, 34; coseletes sin falda ni braçal, 5; çeladas, 8; cañones de escopeta, 2; sin cureñas, una de hierro, otra de fuslera, cuartones de pino para asiento de las alabardas y escopetas, 13; lanças ginetas, 8; caxa llena de xaras con sus caxquillos un raço de Indias con sus flechas, un capaçete, 1; guardas de grrevas, 2; manoplas desguarneçidas, 2; cañones de escopeta con sus llaves, 2; capaçete, 1; guardas de grrevas, 2; barbotes son sus apertazes de maya, viejos, 1.

Artillería y municiones

Tiros de artillería, de bronce, con sus carretones, 11; Medias culebrinas, 2; Falconetes, 4; Medios falconetes, 3; Tiros de campo, 2; paveses, 27; pavés pequeño, 1; moldes de hierro para hazer pelotas, 5; çedaços de afinar pólvora, 3; barriles pequeños para pólvora, 3; tablón de madera para enxugar pólvora, 1; lanças, 735; un tablón para afinar pólvora; espadas de hierro, 7; medio escudo de armas, de estrellas garraha de palo, 1; paves viejo, 1; lança de justa 1/2.

Subida a la torre del homenaje

Pavés quebrado, 1; pavés 1/2; cureña de escopeta, 1; vallestas de palo moriscas, 64; pólvora, una poca en un arca; arcas llenas de pólvora, 10; planchas de plomo, 5; salitre; 1 tinaja; 2 arrobos; barriles pequeños llenos de pólvora, 2; barriles de pólvora, 9 (uno sin pólvora); barril pequeño lleno de pólvora; partesanas con sus hierros, 8; hierros de partesanas, 8; açufre en un barril, 1; pelotas de plomo y pólvora en un barril pequeño, 1; paveses viejos, 76; hierros de lanças y lançones, 30; escopetas viejas, 18; tres de fuslera; vallesta de palo, 1; morrones de hierro, viejos, 2; gorguzes viejos, 3; hierro de gorguz, 1; parthesana quebrada, un hierro, 1; mezila, dos espuestas de lienço para mezila, 2; hojas de lata, 1500; tiro de fuslera encabalgado en un carreon, con una boca de sierpe, con un botador de hierro; versillo de hierro ençima de un estrado de madera, 1; un versillo, en el suelo, sin materna, 1; encavalgador de toro, de madera, 1; tiro de artillería, en una tronera debaxo de la cozina, 1; tiro pequeño, en una tronera de la torre, cabo el corral de las gallinas, que es allá la plaçuela terçiadados, en la torre del omenaje, 24; un amosqueadorzillo con un palillo pintado; hierros de lanças, 2; otro amosqueadorzillo.

De todas las armas, artillería y municiones el señor Luis Hurtado de Mieres se dio por contento y entregado a toda su voluntad, porque en efecto los recibió del dicho señor francés Luis de Escrivá y se obligó mantenerlos para entregar a su Illma. Señoría del marqués, mi señor.

[rúbricas]

COMENTARIO

Como síntesis de la armería del castillo inventariada, he aquí lo más significativo:

Armas de fuego ligeras, arrojadizas, impulsoras, blancas y protectores:

- 113 escopetas; 256 alabardas; 98 ballestas “con sus gafas”; 64 ballestas de palo moriscas; nueve mosquetes; 735 lanzas, algunas especiales, como ocho lanzas “ginetas” o “media lanza de justa”; 30 lanzones; 76 hierros para lanzas; siete espadas... Todas ellas con aparejos, como frascos, cureñas, etc. Había además 89 coseletes, muchos de ellos sin falda, y ocho celadas.

Artillería pesada:

- 11 tiros de bronce con carretones; 27 paveses; siete falconetes; varias culebrinas y medias culebrinas... No faltaban pertrechos para preparar la munición, como cinco moldes de hierro para hacer pelotas.

De las armas que hay en la torre del homenaje, hace partida separada del resto, lo que es significativo de la importancia de este baluarte. Como ya se vio, en un lugar de ella conocido como “pozo de la pólvora” se guardaba este explosivo. En su conjunto había diez arcas y media, nueve barriles grandes y seis pequeños, una tinaja de salitre y un barril de azufre, así como los elementos para tratarla: “tres cedazos de afinar la pólvora, un tablón de madera para enxugarla y otro para afinarla”.

En algunos casos, tal vez debido a su rareza, se describen los artilugios:

- medio escudo de armas de estrellas y garra de palo; un tiro de fruslera encabalgado en un carretón, con una boca de sierpe, con un botador de hierro encima de un estrado de madera; cinco planchas de plomo; un encabalgador de toro de madera; un amosqueadorcillo con un palo pintado; ocho partesanas; dos espuestas para mezilla...

Y, finalmente, a veces se dice dónde están emplazadas:

- “un tiro de artillería en una tronera debajo de la cocina”, “24 tiros pequeños en una tronera cabe el corral de las gallinas, que es allá la plazuela terciados, en la torre del Homenaje”.